

LITERATURA.

Galería

DE

Ingenios Contemporáneos.

DON JUAN NICASIO GALLEGO,

del consejo de S. M., canónigo de Sevilla, vocal de la Direccion general de Estudios y Juez supernumerario de la Nunciatura.

Es uno de nuestros literatos mas distinguidos de la escuela del siglo precedente: es decir, clásico puro (por lo menos él así lo cree) y defensor acérrimo de los principios de Horacio y de Boileau. Luego veremos en sus composiciones si ha sido fiel observante de sus decantadas doctrinas.

Nació en Zamora á fin del año de 1777, y en la misma ciudad hizo sus primeros estudios con la buena suerte de hallarse por entonces regentando la cátedra de latinidad, en la clase de mayores, un tal Pelaez, buen profesor y humanista. A la edad de 13 años fue á Salamanca á emprender su carrera de filosofía, y derechos civil y canónico, que concluyó en 1800. Cuando llegó á la Universidad soñaba con Horacio y Virgilio, recitaba muchos trozos de sus obras y sospechaba apenas que hubiese otra poesía en el mundo que la de los antiguos romanos. Entonces vió por primera vez el Parnaso Español de Don Juan Sedano, compilacion hecha sin método ni criterio, pero utilísima por lo que propagó entre la juventud el gusto de la poesía nacional. Á esta lectura, á que se dedicó desde luego con el ahinco propio de un muchacho de imaginacion fogosa y de oído delicado y sensible á la armonía de la buena versificacion, se siguió la de los poetas modernos de aquella escuela, Iglesias y Melendez, al segundo de los cuales trató y admiró despues en Zamora, donde estuvo confinado una larga temporada. No es, pues, de extrañar que en cuantos ensayos hacia procurase imitar á su modelo, á quien todos con razon miraban como al propagador del buen gusto y regenerador de la poesía castellana.

Pocos años despues de concluir sus estudios, de tomar sus grados y de recibir las sagradas órdenes, vino á Madrid donde conoció á los Señores Quintana y Cienfuegos, hijos ambos de aquella

Universidad, especialmente al primero con quien siempre le han unido vínculos de la mas cordial estimacion.

En mayo de 1805 hizo oposicion el Sr. Gallego á una capellanía de honor de S. M., que en aquel tiempo se conferian del mismo modo que las prebendas de oficio de las iglesias catedrales; y en octubre le nombró el Rey, director eclesiástico de sus caballeros pages, empleo que sirvió hasta la entrada de los franceses en Madrid. En este intervalo empezó á darse á conocer como poeta con varias composiciones ligeras que se incluyeron en algunos periódicos de aquel tiempo, en las cuales se echaban de ver la imitacion, las formas, el sello, en una palabra, de nuestros autores de los siglos XVI y XVIII. En el memorial literario se insertaron unas endechas suyas que empezaban:

Pobre lira mia,
Que entre yerba y flores
Dulce son de amores
Modulaste un dia, &c.

que parecen calcadas sobre las de Figueroa. Hay en ellas dulzura, pasion, tintas melancólicas y suaves, versificacion feliz y castiza; pero demasado compas, recuerdos de nuestros poetas, imitacion visible y en suma clasicismo puro.

La defensa de Buenos-Aires contra los ingleses en 1807 fue el asunto de una composicion del Sr. Gallego, la primera ciertamente que llamó la atencion del público de Madrid, revelándole la existencia de un poeta, no indigno de alternar con los que entonces sostenian el crédito de nuestro Parnaso. Ya en ella no hay imitaciones ni reminiscencias frecuentes, pero el gusto es el mismo. En prueba de esto, y por no ser muy conocida la *Oda á Buenos-Aires*, insertaré una de las estrofas que mas la caracterizan.

Alzase en tanto, colosal matrona,
De una alta sierra en la fragosa cumbre
La América del Sur; vese cercada
De súbito esplendor de viva lumbré,
Y en noble ceño y magestad bañada.
No ya frívolas plumas,
Sino bruñido yelmo rutilante,
Ornan su rostro fiero:
Al lado luce ponderoso escudo,
Y en vez del hacha tosca, ó dardo rudo,
Arde en su diestra refulgente acero.
La vista fija en la ciudad; y entonces
Golpe terrible en el broquel sonante
Da con el pomo, y al fragor de guerra,
Con que herido el metal gime y restalla,
Retiembla la alta sierra
Y el ronco hervir de los volcanes calla.
Españoles, clamó, &c.

Esta gallarda imágen de América es toda del gusto de Homero: pocos pero escogidos rasgos accesorios que cautivan la imaginacion por su nobleza y grandiosidad, estilo elevado y rápido, versificación sonora y varonil. Hasta ahora, pues, no se ha desviado del rumbo clásico. Sigamos.

Un año despues (¡cuánto mudaron las ideas, la situación, la suerte de España en tan corto tiempo!) publicó la *Elegía al Dos de Mayo*, composición á que debió la celebridad de que goza. No hablaré de ella porque todo el mundo la conoce, y no es mi ánimo elogiar ni deprimir su mérito ni el de su autor. Diré únicamente que esta elegía sigue un rumbo nuevo, y que no es fácil encontrar su tipo en la poesía clásica latina ni española. Falta la templanza en la entonación, recomendada por el crítico francés y propia según los preceptistas del abatimiento que ocasionan el dolor y el infortunio. Tiene casi siempre la vehemencia de una oda, y hay trozos dramáticos de que tal vez no se hallará ejemplo en la antigua literatura. ¿En qué se parece esta elegía á las de Ovidio y Tibulo? ¿En qué á las de Herrera y Melendez?

Al volver los franceses á Madrid capitaneados por Napoleon, tomó el Sr. Gallego el camino de Sevilla, siguiendo al gobierno legítimo y pasando de allí á Cádiz, donde se mantuvo hasta la vuelta de éste á la capital de España. Antes había obtenido una prebenda de Murcia, y la primera regencia le nombró para la dignidad de Chantre de la isla de Sto. Domingo, de que no llegó á tomar posesion. En tan considerable periodo de tiempo no se oyeron los acentos de su musa, sino en alguna canción patriótica ú otras composiciones ligeras, entre las cuales es notable un soneto á Lord Wellington con motivo de la toma de Badajoz. Sin duda las graves discusiones de las Cortes, de que fue diputado por espacio de tres años, absorvieron su atención como era justo. Olvidábaseme hacer mencion de la *Oda á la influencia del entusiasmo público en las artes*, que escribió poco despues que la elegía al Dos de Mayo, y recitó en la Academia de San Fernando en setiembre de 1808, la cual se imprimió llena de erratas, pocos años ha, en las memorias de dicho cuerpo. También puede decirse que esta oda no sale del círculo clásico, tanto en el fondo como en las formas: ni esto hubiera sido fácil tratándose de elogiar las artes del diseño, en que hasta ahora (dejando aparte la arquitectura) si ha tenido algun lugar el romanticismo, ha sido como moda, no como género. La arquitectura llamada gótica, tiene en sí misma verdadera belleza, gravedad, osadía, primor y otras dotes, que elevan la imaginación y satisfacen al entendimiento. Así es que forma una parte principalísima del género romántico, como pro-

pia de los siglos medios que son el campo de sus glorias. Pero en la pintura y en la estatuaria históricas no cabe romanticismo: los cuadros y las estatuas de aquella Era son rudas, groseras y tales que apenas dan idea de la figura humana, testimoniando únicamente la impericia y barbarie de los que las ejecutaron. Así para encontrar los prodigios de estas dos artes hay que acudir á la Grecia antigua, y dar despues un salto hasta los tiempos de Vinci y de Miguel Angel. Forzoso, pues, era que aquella oda no traspasase los límites clásicos, por lo cual no hablaré de ella considerándola bajo su aspecto literario; pero bajo el político no puedo resistir la tentación de recordar el final de la última estrofa, en que figurándose el poeta ver en el museo la imágen del Rey, libre de su cautiverio y triunfante de su enemigo, concluye de este modo:

Hechicera ilusión! Tan bello día
Será que luzca al horizonte Ibero?
Sí: no dudeis: lo decretó el destino.
El español guerrero
Romperá, Rey amado, tus prisiones;
Y enemigos pendones
Tenderá por alfombras al camino.
Nuevo Tito serás: benigno el cielo
En júbilo tornando los clamores
Con que la patria fiel por tí suspira,
Mis ojos te verán; faustos loores
Daré á tu nombre..... y romperé mi lira.

Cumplióse felizmente este vaticinio: volvió triunfante S. M.; pero el cantor profético se halló sepultado en una cárcel en virtud de una de sus primeras resoluciones. Incluso en la persecución promovida contra varios diputados de las Cortes de Cádiz, fue confinado por cuatro años, despues de 18 meses de prision, á una de las cartujas de Andalucía.

Que durante los cuidados y tareas de las Cortes no le quedasen al Sr. Gallego tiempo ni humor de escribir versos, nada tiene de extraño: el estruendo del cañon ahuyenta á las musas, y el marcial estrépito de los tambores apaga y confunde los ecos de la cítara. Pero que en cuatro años de soledad apenas la tomase en la mano, es desidia incomprendible, y estaba por decir que raya en imperdonable. Solo dos composiciones de alguna extensión fueron el fruto de un ocio tan prolongado, la elegía á la muerte de la Reina Isabel y la que antes escribió á la del duque de Fernandina. El carácter enteramente diverso de estas dos obras prueban el influjo que ejercen en el ánimo y en la fantasía de un escritor las circunstancias exteriores que le rodean. *La elegía á la Reina Isabel*, concebida en las amenas llanuras del Ajarafe

de Sevilla, á las márgenes de los arroyos que serpentean entre sus viñas, olivares y huertos, es puramente clásica: está escrita en tercetos, combinacion métrica la mas sujeta y compasada de nuestra poesia: la versificacion es fluida, sonora, fácil, sin la menor irregularidad en sus cortes ni en sus giros; el tono es melancólico, tierno, templado: nunca vehemente ni fogoso. Es en suma una elegía por el estilo de las de nuestros buenos poetas del siglo XVI. Publicóse en el año de 1819, en el cual, aunque un poco moderado el espíritu de persecucion del de 14, no permitió aun aquel gobierno á sus víctimas el triste alivio del ruego. La implacable censura suprimió los terceros siguientes, en que hablando con la malograda Reina, se decia:

De tí esperaba el fin á los prolijos
Y acerbos males que discordia impura
Sembró con larga mano entre tus hijos.
No pocos ¡ay! no pocos en oscura
Mansion, al deudo y la amistad cerrada,
Redoblan hoy su llanto de amargura.
Otros gimiendo por su patria amada
El agua beben de estrangeros rios,
Mil veces con sus lágrimas mezclada.
Mas si oye el cielo los sollozos míos &c.

Dejando que el lector haga las amargas reflexiones á que da margen un hecho tan neciamente cruel, pasaré á hablar de la *elegía á la muerte del duque de Fernandina*. Compuesta en los silenciosos claustros de la cartuja de Jerez, á las riberas del solitario Guadalete de infaustos recuerdos, entre los melancólicos cantos de los hijos de S. Bruno (1), sigue un rumbo muy diverso. Hay en ella desiertos, bóvedas góticas, ecos de campanas, luz de luna, dolor profundo y severo, trozos dramáticos, irregularidad de estrofas, de cortes y de rimas, algo de aquel desorden semi-frenético en los sentimientos, en la frase y en las imágenes, tan peculiar de la escuela moderna, muchas en fin de las dotes y adornos *obligados* de la poesia que posteriormente se conoce con el nombre de romántica. Vaya una muestra. El duque ya en la agonía, despues de hablar pocas palabras á su madre, espira dando un gran suspiro:

Viérase á aquel gemido,
Cual bella palma que derroca el rayo,
Bajar envuelta en súbito desmayo
La triste madre al alfombrado suelo.
No tornes á vivir, que angustia y duelo
Te aguarda solo y eternal quebranto,

(1) Magis planctus quam cantus.

Desdichada muger. — Mas ¡ay! que en tanto
Vuelve á la vida: inmóviles los ojos....
Con voz cortada.... sin accion.... sin llanto
Llama al hijo infeliz que no responde.
Alzase, y asombrada,
La trenza al aire por los hombros suelta,
Vaga en su busca sin mirar por donde.
De su prole angustiada
Que sus pasos detiene y la rodea
No oye la voz querida,
Ni vé la luz febéa,
Que en un mar de tinieblas sumergida
Sin él se juzga, y desamada y sola.

Este desorden, este delirio, la desinencia final del último verso de la estrofa, en que se advierte la estudiada intencion de espresar mejor el aislamiento y soledad de aquella madre, pudieran hacer un papel regular en una composicion del nuevo género, pues, aunque pese oirlo al autor de esta elegía, huele á romántica desde el primer verso hasta el último.

Mucho pudiera añadir, examinando las pocas obras que despues ha escrito este perezoso poeta, en comprobacion del desvio que en ellas se nota del carril aristotélico-horaciano; pero me canso, y creo que con lo dicho hay lo bastante para mi propósito, reducido, no á elogiar ni á criticar las poesias del Sr. Gallego, sino á manifestar que sin quererlo, y acaso sin advertirlo, sigue no muy de lejos la corriente del romanticismo, que reprueba y mira como una lastimosa corrupcion del buen gusto. No es él solo ciertamente: *el ilustre autor del Pelayo*, tragedia en alto grado clásica, lo es tambien del *Panteon del Escorial*, bella composicion, pero de un género nuevo y sin nombre conocido en la escuela antigua: obra romántica, si las hay, y lo que es mas, compuesta en un tiempo en que todavia estaba por inventar la denominacion del gusto á que sin duda pertenece. ¿Y cómo se esplican tales fenómenos? Del mismo modo que el culteranismo de que están contaminadas muchas obras de Quevedo y Lope de Vega, quienes en otras varias habian hecho mas de una vez irrision de aquel estafalario gusto y de sus secuaces. Esto consiste en que todos los hombres, mas ó menos, reciben por necesidad la influencia de las ideas de su tiempo. Cada uno pertenece á su siglo: participa del gusto dominante, que cunde hasta por el aire que se respira, y adopta sin sentir parte de sus manías y estravagancias por ridículas que sean á los ojos de la razon imparcial, como sucede con las modas, que repugnando al principio, acaban por agradar á sus mismos censores. El mayor conocimiento de la literatura inglesa, que de cuarenta años acá se ha difundido en España, y sobre todo el gusto aleman que, aun-

que por el conducto poco puro de traducciones francesas, han propagado en el occidente de Europa las obras de Schiller, Kotzebue, Goethe y otros, ha abierto sin duda este nuevo rumbo á las ideas y máximas literarias, que dirigen á la generalidad de los escritores del día, y de cuyas obras solo la posteridad será en último resultado juez imparcial y competente. No es fácil adivinar á cuál de los dos partidos, que en este punto dividen y agitan la sociedad moderna, condenará el fallo de nuestros nietos; pero no es posible desconocer el peso que hará siempre en la balanza de las probabilidades, á favor de la doctrina clásica, la sancion unánime de mas de veinte siglos. = F. V. M.

No podemos menos de recordar al público, que en el 4.º número de nuestro Artista dijimos lo siguiente: "Asimismo entendemos no «cargar con la responsabilidad de los artículos comunicados que insertemos, siempre que estos lleven la firma de su autor, como tenemos derecho de exigirlo cuando su contenido no se halle en «completa conformidad con nuestras ideas."

Inútil será decir que en este caso se hallan algunas de las que emite el autor de esta biografía, no sobre el mérito del Sr. Gallego, á que hacemos su debida justicia, sino sobre varios de los principios literarios que da en ella por evidentes.

Alberto Regadon.

En Sevilla.

IX.

Hace ya días que no veo los semblantes de aquellos ladrones. Esta ciudad que siempre me ha parecido tan bella y risueña, ahora nada me divierte; bien es verdad que no salgo de mi cuarto, porque se me figura que todos me buscan para asesinarme. Cuando entré en Sevilla, todos los perros de Triana se arrojaban sobre las piernas de mi caballo, como si quisieran impedirme el paso. Los perros tienen mucho olfato, y el olor del malhechor trasciende. Despues, aquel muchacho que venia corriendo hácia mí me pareció venia á detenerme por orden de la policía, y me aterró en tal manera que volví riendas, y empecé á correr cuanto podia mi fatigado caballo delante del muchacho. En medio de la carrera gritó: "¡á ese pícaro que me ha robado la yegua negra, prendedle, prendedle!" y entonces conocí que no era á mí á quien buscaba, sino á otro que era un grado menos que yo, es decir, era ladrón solamente. Y al instante me arrojé con tal brio sobre el ratero, que le tiré de la yegua al suelo; un asesino quitó el robo á un ladrón para devolvérselo á su dueño. Esta buena accion me alegró algun tanto, y me encuentro ahora con gran deseo de repetir semejantes actos; y por las mañanas cuando me levanto me

siento la cabeza tan pesada y me atormentan tales ideas, que no me atrevo á salir á la calle. Las tardes me llenan de melancolía, porque me acuerdo de lo que ví en la plaza de San Francisco dos días despues de mi vuelta á Sevilla. Era una de aquellas tardes cenicientas de este mes de noviembre, apenas se habia puesto el sol, todo estaba claro pero la plaza estaba desierta: paseábame yo por ella, y al volver atras la cabeza, no sé con qué motivo, me encontré con una vieja que cruzaba la plaza á grandes pasos sin causar el menor ruido. Miróme con poca atencion, mas bien con negligencia, pero se me sonrió un poco, y aquella sonrisa, que tan siniestra me pareció al través del pañuelo de paño oscuro que la cubria la cabeza, no dejó de turbarme. La volví á mirar, y sus espaldas y su cuerpo me recordaron á la infame Felipa. ¡Qué se hará esta bruja ahora con sus antiguos camaradas!!....

X.

Hoy voy á los toros. No hace un mes que esta diversion me horrorizaba ¿en qué consistirá que ahora no me horroriza? Los vidrios de mi cuarto tiemblan con el ruido de los calesines y coches que conducen la gente á la plaza. El tiempo está hermoso, parece de una tarde de verano. La calle hormiguea con la infinidad de personas que marchan todas en una direccion, con los semblantes tan risueños como tristes los traerán á su vuelta de los toros. Las mantillas de diversos colores resaltan sobre la masa negra del pueblo. Tambien pasan algunos majos á caballo con fajas de seda amarillas y encarnadas, haciendo morisquetas y escaramuzando para atraerse la atencion de las graciosas sevillanas.

No falta alguna que levante los ojos al cielo y acaso mire á mi balcon, y se ponga colorada al escuchar los requiebros de cuatro elegantes que van tras ella de bracero, y se pare á pedir agua á una aguadora, para que pasen adelante sus satélites; mientras otra doucella no tan vergonzosa y recatada marcha á paso militar, levantando su gruesa voz y accionando en medio de dos soldados, que llevan sus pañuelos cargados de pasas y tostones para ocuparse durante la funcion. Me estoy afeitando al balcon, y esta escena me alegra sobremanera y me quita las tentaciones de degollarme que me dan otros días durante esta operacion. ¡Ah, si todos fueran días de funcion!... ¡Qué felicidad la de estas gentes, y cuánto mas disfrutan en estos días los artesanos que los ricos! Todo el jornal de la semana lo consumen en un día, y tan alegremente que no desean guardar el dinero jamás. Yo conservo aun la soldada de asesino despues de la ropa que he comprado, y voy á gastar

parte de este pago fatal. Por fin, corro á mezclar-me con esta turba, con estos miles de cabezas que forman oleadas y se apiñan en los parages angostos para esparcirse en los mas anchos de la calle de la Compañía; parece un arroyo desigual cubierto de trapos negros.

Se me figura que todos me miran, y tengo tal vergüenza, que ya me arrepiento de haber cerrado la cancela y de la orden que acabo de dar á la huésped para que no reciba á nadie hasta las seis, que es la hora de concluirse la funcion.

XI.

Estoy tan apretado que no puedo menearme.

Despues de cien pisotones, empellones y codazos para sacar mi billete, me hallo metido en una prensa, y si no me divierto probablemente dejaré la grada, y pasearé donde nadie venga á tropezarme. Ademas de eso, no veo á ningun amigo; estoy como atolondrado y todo me parece raro y nunca visto, como si fuera un extranjero en esta ciudad.

Ya se ha despejado la plaza y se espera la señal para abrir al primer toro. ¡Qué algazara! ¡qué voces! ¡y qué palmoreo!... Quien no está acostumbrado á esto sale de la plaza con la cabeza atronada, y le suenan los oidos como si tuviese aplicado á cada oreja un cántaro de cobre vacío.

Veo en frente de mí en un palco principal una jóven preciosa. Si no me engaño es la misma que miró á mi balcon cuando yo me rasuraba. Lleva mantilla blanca, y una rosa en la cabeza que le hace gracia; su rostro es fresco y sonrosado, y sus ojos son negros como dos chispas apagadas sobre una hoja de la flor que resalta en su cabello. No sé que le habrá sucedido que se ha puesto pálida, y sus facciones han tomado un interés particular. Tambien los que están con ella parecen asombrados, y ahora que he apartado mi vista de aquel palco he visto á todos los espectadores en la misma agonía; porque el toro ha derribado al picador á la primera embestida, y este desgraciado yace nadando en su sangre. Tan distraído habia yo estado con mi belleza, que ni oí el redoble del timbal, ni ví salir al animal del chiquero; (1) pero en este momento un sudor frio corre por mi frente al aspecto de la horrorosa escena que estoy presenciando. Casi se me figura un ensueño, y en vano procuro despertar como sucede muchas veces soñando; lo que ahora miro es

la realidad. ¡Un hombre muerto al principio de una diversion!

Pero el bárbaro populacho no parece sensible; redobla sus gritos de hiena, y pide "¡otro toro!" "¡otro picador!" En medio de estos acentos frenéticos, y de las carcajadas y alegría de los beodos, he visto llorar á una niña. Una sola, y esto es porque aun es pequeña y todavia no está acostumbrada á un regocijo que quizás cuando sea mayor será su diversion favorita. La hermosa del palco está ya serena, y no ha derramado una lágrima; esto ha entibiado mucho el fuego que empecé á alimentar en mi pecho otra vez enamorado: ya no encuentro en ella tanta semejanza con mi desgraciada Catalina como creí hallar al principio. Agita al aire su pañuelo de batista, y aplaude á un espada que de una sola estocada ha taladrado el corazon al bravo animal lleno de banderillas, atormentado y ya indefenso. ¡Cuántas veces he estado por gritar en medio de la turba "el que sienta en su pecho alguna compasion levántese y nos uniremos para impedir que salga otro toro!" pero no lo he hecho, porque temia no encontrar un compañero entre tantos millares de personas.

Mis ojos están cargados y me pican. Iba á quedarme muy presto dormido, pero dos hombres que están á mi lado y que no habian despegado los labios en mas de media hora, me privan de este descanso. Hasta ahora no les habia dado gana de vocear y reirse. Se les figuró que estaba yo entregado á Morfeo como ha dicho el uno, que probablemente será *dómine* ó *pasante*; el de mi derecha sacó una bota de vino y ha bebido hasta que el licor le ha arrancado esos gritos; pero el *Dómine* ha rehusado beber hasta engullir una ó dos docenas de castañas asadas. Entre tanto los dos gritan á porfía; esto me hace ver que la alegría de esta diversion solo proviene de los desórdenes que se permiten en ella. Como yo no meriendo, y solo he venido á ver morir un hombre, en vez de divertirme me lleno de tristeza, y me acuerdo de la argolla de la cueva de ladrones y otras cosas no menos horribles; ¡y despues querrán hacerme creer que me he divertido!...

Si estos dos hombres no empezaron antes su merienda, fue sin duda por no ofrecirme el vino y las castañas, y han esperado á que el sueño me obligase á reclinar la cabeza sobre el antepecho de la gradería. Muy engañados están si creen que yo habia de hacer caso de su mezquindad. Esperaré en esta postura hasta que la gente se levante, para retirarme á mi habitacion en medio de las oleadas del pueblo, que me distraen mas que el verle ocupado en una pica ó una banderilla de fuego; y si puedo dormir un poco me alegraré despues.

(1) Este nombre se dá en Sevilla al toril.

XII.

De lo que me alegro es de haber despertado.— Quisiera distraer mi imaginación del ensueño que acabo de tener, pero me es imposible en un sitio donde se vé la sangre mixta del hombre y del bruto. Ha sido una pesadilla. Me parecía salir de mi casa á medio día, y marchar hacia la plaza de San Francisco, mientras un sin número de personas, la mayor parte mugeres de los barrios bajos, marchaban en dirección contraria á la mía, y hablaban de tabernas y meriendas, para celebrar la suerte de haber prendido y ajusticiado al famoso bandido el Feo mi antiguo gefe. Algunas personas se habian parado á una esquina y formaban un pequeño corro; llamó mi atención, me aproximé cuanto pude para saber la causa que así ocupaba á aquella gente, y como no podía ver nada por los sombreros de los que tenia delante, pregunté á uno que parecía salir del centro de aquella masa "¿qué es lo que sucede?"—nadie me respondió una sola palabra, y al instante ví correr á todos espantados y sin el menor murmullo, dejándome solo y espantado también de verles huir sin saber yo la causa á pesar de tenerla á mi lado. Me sucedía lo que á un enfermo que se aterra al ver una sombra que se mueve fuera de su gabinete, sin advertir en la lámpara que está detras de la cortina, cuya sombra hace mover la llama trémula que alimenta. Volví la cabeza, y ví una muger tendida de bruces en el suelo que parecía muerta, y otra que se retiraba volviéndome las espaldas y toda desgredada haciéndome por detras señal con la mano para que abandonase á la infeliz que me disponía ya á levantar de las losas, para ver si podía ejercer en ella alguna caridad. "Corra V., déjela V. que está ya muerta, y le van á llevar á la justicia, para que declare." En efecto apenas habia acabado estas palabras, y habia yo perdido de vista su cabeza desgredada, cuando me sentí agarrar los brazos fuertemente. Una patrulla de soldados me rodeó, y por orden del cabo que los guiaba, me conducian al cuerpo de guardia para tomarme despues declaracion de aquella muerte. Iba yo distraido en este suceso, y ni sabia por donde marchaba, ni que iba preso, ni tampoco como me habia apartado de la muerte sin poderla levantar; solo me acuerdo que tenia doloridos los codos porque me llevaban asido por ellos, y que al entrar en la plaza sonó su reloj las dos y media. Nada distinguía de las casas, de los puntos del mercado, ni de los que cruzaban por delante de mí, porque un velo blanco y luminoso me ofuscaba la vista, y mi imaginación estaba ocupada en el suceso de la esquina. Al llegar al centro de

la plaza sentí tocar mi frente con un cuerpo frio y blando, levanté las manos, y toqué los pies de un ahorcado en el cual reconocí despues al Feo.

XIII.

Ahora me acuerdo que al despertarme, este hombre que está á mi derecha me rozaba la frente con la bota de vino que alargaba al dómene su compañero, que ya habia dado fin á las dos docenas de castañas asadas.

—Diga V. caballero ¿cuántos toros faltan?

—Este es el último y ya tocan á matar, me ha respondido el de la bota con el semblante lleno de tristeza y descontento.

—¿A matar?...?

—Sí señor y harto me pesa.... pero me parece que V. también lo siente aunque quizás por otro estilo que yo.

—Basta, ya le comprendo á V.

¿Será posible que me despierte para ver morir un animal tan hermoso? me decia yo entre mí. Todavía, si ya no le presentaran la muletilla, podría servir ese negro toro para la dehesa; según lo animoso que se muestra y la poca impresión que parece haberle hecho las varas y banderillas á su gruesa piel. Pero el destino de este pobre animal está en unas manos que no sueltan el hierro sino despues de empapadas en el humo de la sangre que ven correr con placer. Sino, véase el rostro del espada que acaba de hacer su oficio, ó su *deber* como ellos dicen, y repárese en la sonrisa que sale de su boca abierta por el cansancio. Aun los mismos que salen heridos de la refriega, se van riendo cuando los conducen á la enfermería; porque estos hombres son de una naturaleza diversa de los demas.

Los toreros quedan triunfantes en la plaza, mirando á las gradas y palcos, enseñoreándose y aireándose con los sombreros y monteras, mientras las mugeres de los tendidos les dicen al pasar palabrotas bárbaras é indecorosas, dándoles el parabien de su destreza; en breve, este lugar de tanta alegría y bullicio, que parecía estremecerse con los aplausos de los aficionados, quedará yermo é inanimado sin presentar á la vista del último que salga otros objetos que un caballo muerto, algunas banderillas ensangrentadas, y el rastro de polvo y sangre que dejó el toro arrastrado por las mulas engalanadas con banderolas de raso y cascabeles — ¿Y qué se ha sacado en limpio de este regocijo? ¿qué utilidad nos resulta? que la carne que mañana comamos será mas barata que la de otros dias.

XIV.

“La función ha estado mediana” — estos son los clamores de todo el pueblo en general. — ¡Aun no se contentan con la muerte del primer picador!

Las puertas de la plaza vomitan al arenal millares de personas que se desparraman en todas direcciones. ¡Qué deprisa marchan! me dejan atrás. La verdad, que el paso que yo llevo me proporciona ver por mas tiempo á la hermosa del palco, que vá delante de mí apoyada en el brazo de un jóven elegante. Me parece que al salir me miró con algun interés, y acaso con un poco de compasion. Si estuviéramos en otros siglos mas atrasados, tal vez creería que esta jóven, dotada de la segunda vista, habia leído en mi corazon la simpatía que la tengo, y que al mismo tiempo veia la mancha de mi reciente crimen y por eso me tenia lástima. ¡Ah! si ella supiera que clase de emociones agitan ahora mi pecho, y el horror que me tengo, no dejaría de corresponderme!... Qué lindo es su cuerpo!...

Me han tirado de la levita por detras, he vuelto la cabeza con mucho disimulo, pero no he distinguido persona alguna conocida. Acaso seria esta muger que acaba de pasar por mi lado tan aceleradamente; su zagalejo de sayal pardo y el pañuelo colorado que cubre sus espaldas, no sé por que razon me llenan de tristeza y se mezclan en mis pensamientos para acibararlos. Sin duda consiste eso en que la muger que ví en sueños, que huía de la muerte volviéndome las espaldas, tenia los vestidos enteramente iguales á los de esta, y aun el calzado grueso y las medias azules. ¡Es posible que esta vision siempre ha de volverme las espaldas!... Por otra parte, estos ahullidos que á mi alrededor suenan, tan lastimeros y agudos, me quitan toda la diversion que yo podría disfrutar observando y escuchando las conversaciones de tantas gentes, que dejan la plaza con la misma melancolía que los niños al concluirse una comedia de magia ó figuron. Mis ilusiones, tan gratas mientras desde mi balcon veia pasar el pueblo hacia la plaza de toros, se han desvanecido con estos accidentes, quizás insignificantes para cualquiera otra persona.

Las reflexiones de Alberto fueron interrumpidas por los nuevos ahullidos de un perro de lanas, que moviendo su pequeño rabo, sacudiendo las orejas, y haciendo todas las demostraciones de cariño propias de un animal que reconoce á un antiguo bienhechor, se le ponía por delante, y pasaba por entre sus piernas interceptándole el paso, de manera que nuestro desgraciado jóven

indudablemente le hubiera sacudido con el pie, á estar mas desembarazado y jovial.

— ¡Ola! Aradin! le dijo Alberto acariciándole, despues de haberle examinado un instante. Pero el animal no cesaba en sus ahullidos tristes y prolongados, y esto fue de mal agüero para Regadon, el cual abismado al parecer en la meditacion y con el semblante tétrico y pálido, se dirigió á su casa acompañándole el perro hasta la esquina de su calle, no dejando de ahullar con la misma melancólica monotonía. Al separarse Alberto de Aradin se le prendió este á la falda de la levita sin dañarla, y no le soltó hasta que nuestro Regadon levantó la mano como para castigarle. Mas no por esta amenaza cesaron sus clamores, y cuando Alberto llegó á la puerta de su casa, todavía se percibian los quejidos del animalito, que solo por la amenaza habia desistido de obligar al jóven á seguirle.

XV.

¡Pobre Aradin! acaso necesitaría de mi auxilio para socorrer á algun necesitado, y yo egoista me he negado á prestárselo; ó tal vez su amo, mi antiguo amigo, se hallará espuesto á un grave peligro, y mi poca diligencia podrá serle funesta. ¿Pero yo á quién puedo ser útil, cuando soy el que necesito del socorro de los demas? Sin embargo, iré á verle, le buscaré donde se encuentre, y la caridad que parecia haberse estinguido en mi pecho, intentando castigar al pobre perro, volverá á alimentarse de nuevo poniendo cuantos medios esten á mi alcance. La educacion de Alberto le habia enseñado á ser compasivo, y á pesar de haber ahogado con el crimen este noble sentimiento no estaba aun lejos de hacerle renacer. Sucede con las afecciones del alma lo que con una mecha, que se apaga con un soplo y se vuelve á encender con otro dado inmediatamente.

Si, buscaré á mi amigo, pero es regular que me diga — “¡cuánto tiempo hace querido Alberto que no nos vemos! He ido á tu casa, y no me han sabido dar razon de tu paradero” — y no sé si mi turbacion llegará á confundirme. Tambien me dirá — “lo único que he podido averiguar es que saliste hace cosa de un mes de Sevilla, y pasaste el puente de Barcas acompañado de un hombre de muy mala traza” — y en este caso no sé si me mataré en su presencia. No, es necesario que le responda muy alegre, como poco advertido, con la voz entera, y que le apriete la mano con tanta fuerza como si mi alma se ocupára entonces solamente en aquel placer; como si volviese de un viage divertido por toda la Andalucía. En una palabra, como si no temiese empozoñarle con mi tacto.

Pero esto no podrá ser, porque no tengo bastante práctica en el fingimiento.... Estoy resuelto. Si acaso me dá vergüenza el hablarle, yo me miraré á la nariz para ver si me he puesto colorado, y si esto llega á sucederme en términos de no poder ocultarle mi delito, me desharé el cráneo contra las paredes de su cuarto. Anita canta, quiero escucharla. Hay momentos en la vida en que todo parece siniestro; esta cancion que en otros instantes solo hubiera llamado mi atencion para hacerme reir, me hace ahora estremecer, apesar de que tan perfectamente conozco el corazon sin malicia de la niña que la canta. Es la hija de mi huésped, que estará probablemente planchando, y á pesar de lo graciosa que es Anita, las inflexiones y dulces paradas de su voz me parecen los ecos de una cantata diabólica y maliciosa.

La pata en Sevilla,
La otra en Granada,
La lengua en Toscana,
Y el cuerpo en Tolon.

¡Ay! que repartido que está este señor!

Chiminí cominí,

¡Ay! Don Simon!

Ya ha cesado la voz del mal agüero; parecia que cantaba el himno de un descuartizado. Sin duda viene la jóven cantora á abrimme. En efecto.

— ¿Anita, ha venido alguien á preguntarte por mí?

— Nadie, solo una muger de muy mal aspecto, y me ha entregado para V. esta targeta del marquesito de.... de.... no me acuerdo del nombre que me dijo; V. podrá verlo, que yo no se leer.

— El marquesito de Torre-vieja. Ya habia pensado en ir á verle. Su perro me acaba de recordar esta obligacion, pero ignoro como sin advertirlo me he metido en casa. — ¡Padezco tantas distracciones!... Anita, que me dispierten mañana á las ocho; estoy muy rendido.... pero, dime ¿y era tan mala la figura de aquella muger?

— Sus vestidos no lo eran menos que su cara descarada y enjuta; traia un sayal pardo muy remendado, y unas medias azules, aunque por delante mas bien eran pardas. — ¡Valgame Dios! si V. hubiera visto, Don Alberto....

— Basta, retírate.... ¡Siempre esa misma muger!...

XVI.

Aunque he dormido mucho tiempo, no he descansado.

Todavía es temprano, y cuando vengán á dis-

pertarme no me hallarán, porque á las ocho me estaré paseando bajo la Torre del Oro. Todos los recuerdos de esta hermosa torre y del frondoso paseo del Arenal, donde amé por la primera vez; los de aquellas noches de verano frescas y serenas en que me alumbró la luna para pasear la ribera del Guadalquivir, mientras lloraba en mi soledad los aparentes desdenes de mi Catalina; los de ese puente de Barcas que tantas veces transité á deshora en busca del objeto de mi amor; y los de aquellas noches de romería á San Juan de Alfarche, han huido de mi memoria como las hermosas y los placeres huyen de un apestado, y solo me acuerdo de lo que pasó hace pocos dias. Mi método de vida ha variado con mis ideas, y en consumiéndose el poco dinero que me resta, tendré que sugetarme al régimen que me imponga la necesidad. — Pediré limosna.

La mañana es deliciosa, y la ligera brisa que mueve mis cabellos, hace que respire con mas libertad que en el ahogado aposento donde duermo, cómodo tan solo para los ratones y arañas que se arrastran por su frio embaldosado.

¿Por qué no saldré á pasear todas las mañanas? Pero no debo detenerme demasiado, porque he de visitar á mi amigo el marqués. — He hecho un nudo en el pañuelo para no olvidarme.

Todo está en silencio. Solo al pasar por la puerta de Triana he oido algun ruido. Hay una cárcel en su grueso, destinada á los delincuentes de familias honradas y nobles. Porque si el malhechor es bien nacido no se le debe castigar como al plebeyo, aunque sea mayor su delito que el de éste.

Desde aquí veo frente por frente el puente de Barcas, con sus cuatro hermititas, las casas oscuras del barrio de Triana, y entre ellas el célebre edificio donde se hicieron fuertes los moros en la toma de la ciudad por San Fernando. El puente que salia de esta fortaleza, tambien de barcas, fue destruido por uno de mis antepasados, el almirante Bonifaz. Tengo á mi espalda las puertas de Triana y del Arsenal; la primera, de orden dórico, elegante y magestuosa, adornada con estatuas. Veo á mis costados una prolongada tabla de agua mansa, que baña todo el arenal, cubierto de árboles mojados aun con la niebla, y por entre ellos se descubre la Torre del Oro, y parte del colegio de San Telmo. ¡Lástima que sea de tan mala arquitectura! Muchas veces he visto enseñar á los pilotos y demas marineros, de pequeño. Siguiendo el recodo que hace el rio á mi izquierda, se vá á San Juan de Alfarche, que no se puede ver desde aquí, porque la altura donde está le oculta enteramente. ¡Cuántas veces le he visto cantando en medio del agua! ¡Cuántas veces he

visto en el Guadalquivir, en noches de luna, centenares de barquillas engalanadas con farolitos de todos colores cruzarse velozmente, dejando en pos de sí sulcos plateados como las ráfagas pálidas y brillantes del espíritu de vino encendido y derramado! El batir de los remos en el agua, cuando tenía fósforo, causaba un resplandor maravilloso; las velas crugían con la brisa, y el canto de los jóvenes que iban á la romería se perdía insensiblemente, hasta que solo se percibía el murmullo del agua al quebrarse contra otra barquilla mas cercana que seguía rápidamente á la primera. Me acuerdo que repetidas veces el pañuelo blanco de Catalina, flotando entre puntos resplandecientes verdes y encarnados, que eran los colores de los farolitos, me hizo aventajar á todos los barcos que acompañaban al mio. Esta era la señal que me le hacia conocer; pero su voz sobresalía mas dulce que la de todas las sevillanas á mis oídos. Cantaba muy bien, y acompañada del rumor de las aguas, sus ecos tenían un no sé qué de particular que no puedo explicar. ¡También oí alguna vez sus suspiros!...

¡Ah! Catalina! cada vez que me acuerdo de ella me es imposible contener el llanto; y estos son los únicos momentos que acompaño con lágrimas. No correspondía á una joven tan bella y virtuosa la desastrosa muerte que me la arrebató, la víspera de nuestro enlace. Si éste se hubiera verificado no sería yo lo que soy ahora, porque sus virtudes y docilidad endulzarían la crueldad de mis intenciones, y las suavizarían. Estas arenas tantas veces regadas con mis lágrimas, depositarán los últimos restos del dolor de un hombre que ha bajado á las simas del crimen mientras tú subías al seno de la bienaventuranza. ¡Ah Catalina!...

XVII.

— ¿Qué hace V. caballero? Un muchacho de la calle me ha hecho esta pregunta, con aire de mofa, despues de haber disparado á mis pies una nuez de pega.

— ¡Muchacho!... pero este insolente no merece el gasto de una sola palabra. Acaso me ha creído embobado porque me he detenido en medio de esta calle....

— Es que como mira V. tanto al Rey Don Pedro, se me figuró que no le había V. visto hasta hora, cuando no hay niño ni vieja que no sepa ese cuento

En efecto, sin saber cómo he venido á parar á la calle del Candilejo, en vez de ir á la casa de mi amigo, que está en la calle de los Monsalves. Ahora nada extraño que ese muchacho me creyese bobo y quisiera espavilarme con una nuez de pe-

ga á que son tan aficionados estos pequeños vagabundos. Se cuenta como tradicion popular, que habiendo muerto el Rey Don Pedro á un agresor en una noche muy oscura, y haciendo la policía sus indagaciones sobre la muerte de este hombre, mientras el monarca estaba persuadido de que nadie podría acusarle como testigo del hecho, una anciana llamada Ventura, que vivía en el parage donde sucedió la muerte, declaró que el matador era el mismo Rey á quien ella reconoció por el ruido de las canillas al andar, habiendo salido á la ventana alumbrándose con un candilejo. Súpolo Don Pedro, y mandó que se colocara su busto en ese nicho, delante del cual me detuve involuntariamente. Padezco continuas distracciones. Justamente me he metido en la calle mas estrecha y sucia de Sevilla.

XVIII.

Por fin llegué á casa del marqués, pero he llamado dos veces y no me han abierto. No sé por qué motivo tendrán cerrada la puerta de la calle. Puede ser que hayan mudado de habitacion; pero no veo en los balcones y miradores papeles que anuncien estar esta casa desalquilada.

Ya oigo el ruido de la cancela: vienen á abrir. ¿Quién es? me acaba de preguntar una voz que no desconozco. — Gente de paz, abra V.

— ¿Cómo tan temprano, y por aquí? me replicó, recibíendome, la muger del sayal pardo y las medias azules, y despues continuó:

“Que prefiero los amores
De mi morena Felipa....”

Un estremecimiento en todo mi cuerpo paralizó mis movimientos y no me fue posible huir, al reconocer el semblante irrisorio de Felipa. — No extraño tu admiracion, Cabeza de Muerto, porque....

— No, no, ¡infame! no me llamo así: yo soy Alberto Regadon; y si V. me descubre....

— Nada de eso, ya sabes que mi inclinacion hacia tí no puede serte perjudicial; y ya que la casualidad nos ha proporcionado esta entrevista, quiero contarte el motivo de mi venida á Sevilla; ademas de que para acabar la obra te sobra tiempo, porque está bien seguro....

— ¿Qué querrá decir esta muger? Yo tiemblo.

— Despues que tan lindamente me engañaste pidiéndome agua, se oyeron dos tiros á corta distancia de nuestra guarida, y á poco rato entraron en ella ocho soldados de caballeria; mala ventura para ellos! los cuales arrojándose como hürones sobre nuestra gente, debilitada con el sueño y la borrachera, maniataron á cuatro sin la menor re-

sistencia, y entre ellos al Feo. ¡Dios les dé mas ánimo á estos gallinas para salir á la plaza de San Francisco á bailar el zapateado! Los restantes se defendieron, aunque con pereza y poco valor, y unos murieron y otros fueron heridos; ¡dígalo Media Barba que ha perdido su tan querida mitad! ¡Desgraciados! ya no echarán mas requiebros á su hermosa Felipa!..... Hase enjugado esta muger con un pico del delantal, una lágrima que me ha parecido turbia y asquerosa, y se dispone á proseguir.—Como para esto de combates las mugeres somos consideradas como cero ¡gracias á la buena voluntad de los señores hombres! no hicieron caso de mí aquellos militares, y afortunadamente pude sustraerme de aquel lugar para buscar nueva fortuna. La otra guarida del gefe que está á la otra parte de la Sierra, cerca de la venta de la Estrella en el camino de Córdoba, fue descubierta anteriormente, y aquellos infieles declararon que nosotros estábamos entre Santa Olalla y el Ronquillo, en una especie de puerto formado por dos altos peñones, al cual llaman ya el Puerto de los ladrones.—Acaba de hacer Felipa una breve pausa, y se me sonrie. Yo me siento acometido de un terrible escalofrio, y no sé como me presentaré á mi amigo.

—¿Dime, Felipa, y tu sirves al marques de Torre-vieja?—Vuelve á sonreirse.

—Como para esto de navajadas y golpes tengo alguna habilidad en estas manitas..... pero á pesar de eso si te han prometido otros cien escudos....

—¡Maldita bruja! harpía!.... calla, calla ó te ahogo! ¡El marqués está herido! vuelo á su habitacion.

¿Por qué esta infame, en vez de amedrentarse, se sonreía cuando la puse el pañuelo en la boca?

XIX.

¡La persona á quien dí la puñalada es mi mayor amigo! el marqués de Torre-vieja!... He entrado en su alcoba, y le he visto espirando. Su pobre madre me ha contado lo que yo sabia aun mejor que ella. No he hablado ni hecho gesto alguno; solo he podido huir de la presencia cadavérica de mi víctima, que no me ha mirado porque no podia volverse á mí. Abur, Felipa. ¡El cielo te maldiga como yo acabo de maldecirme!

XX.

Pero al fin á nadie he muerto todavia. No, no soy aun asesino. Veo la plaza de San Francisco enteramente negra. Un millon de cabezas flotan sobre ella sin el menor murmullo. Quiero ver lo que es.

Al acercarme han levantado un espantoso grito uniforme que hace temblar los edificios, y me parece que aquel sin número de bocas queria beber mi sangre. Los gritos se redoblan, y mi cabeza es una bomba ardiendo presta á estallar. Mi cráneo hierve interiormente, y me duele como si me lo arrancaran. Los gritos resuenan tercera vez con mayor fuerza que las dos anteriores; si yo pudiera internarme y mezclarme con la turba gritadora, conseguiria el ver este espectáculo, y el ocultarme mejor por si hay quien me señale con el dedo desde un balcon. Al fin lo he conseguido, pero muy á mi pesar.

Dan garrote á un hombre, y aunque no distingo sus facciones por estar atontado con la calentura que devora mi frente y haber disminuido mi vista, quisiera saber quien es, porque yo debo conocer á todos los de mi oficio. Preguntaré á este hombre que está á mi derecha, y parece de buena traza.

—¿Buen hombre, quién es el ajusticiado?

—Nuestro gefe, me ha respondido callandito Media Barba, que estaba detras de mí, disfrazado de carnicero.

XXI.

De este modo me es imposible vivir. Si me admitiesen en un convento daria gracias al cielo y estaria en paz. Por todas partes muertes, visiones, cárceles.... ¡qué horror! y para complemento, he visto hacer á un hombre lo que jamas habia visto ni podido ver. ¡El hijo del verdugo ajustó su pañuelo á la boca del ajusticiado, y ha recogido en él la sangre negra que vomita el reo á la rotura de la garganta! Solo faltó que lo hubiese sacudido en mi frente para colorar el sello de asesino que llevo en ella.

Estoy resuelto á borrarlo con la penitencia. Voy á buscar un caballo.... pero, es natural que pidan fiador.... Iré á pie.

XXII.

¡Pobre Alberto! Su crimen es horrible, pero la expiacion de un solo delito no le abandona en toda su vida.

En la calle de la Compañía, al salir de la ciudad, oyó al pregonero estas palabras.... “Se ofrecen veinte escudos al que presente la cabeza de Juan Cabeza de Muerto....”

Y por fin al salir del bárrio de Triana, unos buitres que devoraban los restos de un perro muerto, volaron á su alrededor rozando casi su cabeza con las grandes y fuertes alas, y haciendo tal zumbido con la pluma en su lento vuelo, que el desgraciado jóven pálido y aterrado cayó al suelo.

al principio de su marcha. — Su direccion era á Santiponce. = FIN.

ADICION

A UN PERSONAJE DESCONOCIDO.

Es muy regular que las personas de buen gusto que lean esta historieta, encuentren en ella un gran vacío, porque su escritor, que fue en otros tiempos muy amigo mio, y con el cual estoy muy enemistado por la nueva secta literaria que ha abrazado, no ha dicho en la conclusion algunas cosas que, segun lo practicado por los escritores del siglo pasado y las reglas prescritas por los discípulos de Dupré Dumenil, enteran á los lectores de todas las menudencias que tanto contribuyen á aumentar el interés á la historia. Sin embargo, ya que por una fatalidad no pueda decir á los prosélitos del clasicismo lo que sucedió á Regadon, á Felipa, y á los demas personajes de la historieta, despues que Alberto abandonó á Sevilla, me complaceré en contarles lo que con el escritor de ella me sucedió no ha muchos meses.

Viajaba yo por la Andalucía en busca de antigüedades y de manuscritos empolvados y carcomidos; llegué á Santiponce con el ánimo de hacer algun notable descubrimiento sobre las ruinas de la famosa Itálica, y aunque no me salió fallida la intencion, el éxito de mis trabajos no correspondió al noble objeto de mis penosos viages. Estaba yo admirando los sepulcros del célebre Guzman el Bueno y su esposa Doña María Alfonso Coronel, que se conservan en la iglesia de San Isidro del Campo, de PP. Gerónimos, cuando me sentí tocar la espalda, y oí algunas palabras mal pronunciadas que parecian salir de un pozo. Volví la cabeza, y ví á un ente súcio y de figura de oso, que con una montera de piel hacía el ademan de pedirme limosna. Observé atentamente aquel extraño individuo, hasta que sacando de un bolsillo un legajo de papeles mugrientos y desiguales, me suplicó diese una limosna á Alberto Regadon. — Al oír este nombre dí un paso hácia atrás como espantado; pero recobrando mi serenidad, puse en su montera medio duro y le pedí me dejase examinar aquellos papeles. — Hace V. bien en no huir de mí, me dijo con voz fuerte y ensanchando el blanco de sus penetrantes ojos, y yo se lo agradezco. El gobierno me ha indultado, y á pesar de eso mi nombre suena en los oídos de los habitantes de Santiponce, como un anatema, como el silvido de un salteador de caminos. Vea V. mi vida desde

que llegué á este pueblo. A pesar de mi penitencia, de los ayunos y de las lágrimas con que todos los dias baño este húmedo pavimento, no hay niño, anciano, ni muger que no huya de mí como de un espíritu conjurado por un exorcista. — Estas últimas palabras fueron pronunciadas con un tono vario é indeciso; arrastróse en seguida por el suelo, dando ahullidos como un demente; y dejándome con los papeles en la mano huyó precipitadamente por una trampa, que no me atreví á levantar despues. Examiné aquellos manuscritos, y dí por muy bien empleado el susto que pasé con la aparicion de Alberto Regadon. ¡Qué noticias tan interesantes contenian! ¡ójalá las hubiera copiado! Marché á Sevilla, busqué al amigo que escribió esta novelita, y alborozado con mi hallazgo le entregué los papeles para que por ellos hiciese un apéndice á su escrito. ¡Menguado de mí!

Dos dias despues fuí á su casa, deseoso de ver el fruto de mi viaje á Santiponce; y aquellos preciosos papeles estaban ardiendo en el fogon de la cocina para chamuscar un par de pichones. La cólera me precipitó sobre el escritor, mas el respeto á un enorme cuchillo que tenia en el puño me impidió maltratarle; así que, salí corrido de su casa, mientras él sentado á la mesa y con el mayor descaro, se reía á grandes carcajadas, y sin poder pasar un bocado ni articular una sola palabra que me aplacara en mi justa indignacion. Desde entonces solo respiro venganza. En aquel legajo de papeles, tan bárbaramente sacrificados, se daba noticia de la vida de Catalina, tan querida de Alberto, de su desgracia, de sus padres, pueblo de su nacimiento, y hasta una copia de su fé de bautismo hallé en ellos. Se daba razon de la madre de Alberto, de la genealogía del marqués de Torrevieja, y por qué motivo iba este á rezar en el viacrucis, si era ó no por penitencia del confesor &c., y otras cosas por este estilo. Todas estas interesantes noticias, debidas á la vida de Felipa y de Alberto, desde su huida de Sevilla, hubieran deleitado sobremanera á los lectores, si la mala fé del escritor no me hubiera privado para siempre de ellas; pero ya que esto no puede remediarse, sirvan estos mis renglones de desagravio á mis amados lectores clasicistas, que con sobrada razon han podido agravarse de ver una composicion *imperfecta* segun las reglas de Aristóteles. = P. DE M.



Crónica de Teatros.

«Pasó en fin la silenciosa Cuaresma, y otra vez vuelven los teatros y las diversiones públicas á hacer menos enfadosa la vida. Actores nuevos, dramas originales, románticos, tragedias clásicas, piecitas de Scribe, comedias políticas del mismo autor, compañía nueva de ópera, aunque la mayor parte de los cantantes no solo no han llegado, sino que ni aun se sabe de ellos otro nombre que el de N, N, comun á cuantos habitamos este mundo sublunar, todo en fin dará nueva vida este año á la escena española, poblará las hasta aqui casi desiertas lunetas y regocijará los corazones del ilustrado público!! Así discurría yo el primer día de Pascua ansioso ya de que llegase la noche para embutirme en mi asiento y, ya en la Cruz, ya en el Príncipe, pasar dos ó tres horas agradablemente. Elegí con esta intencion LA CAMILA con preferencia á la ópera, por razones que no es aqui ocasion de manifestar, y, billete en mano, ocupé mi puesto. Pero ¡Ah! lo mismo fue alzarse el telon cuando de los primeros versos subió lentamente estendiéndose por todo el teatro un vapor de beleño, adormidera y opio que á pesar mio me postró en una especie de letargo tan profundo que no desperté de él hasta el quinto acto en que cayó el telon por última vez y se fue disipando la soporífera nube. Conocí que éste era el efecto de las tragedias clásicas y que el autor habia logrado el fin que se habia propuesto. El público tambien se durmió y solo algunos profundos literatos se despertaron y dieron algunas palmadas en celebridad de Aristóteles. Juré de volver al dia siguiente y sucediome lo mismo, por lo que me he dado al fin por vencido y en tratándose de dramas de este jaez he determinado acostarme tempranito la noche que se representen y dormir en mi cama que para el caso es mejor. Asaz melancólico y triste me hallaba al otro dia cuando el anuncio del *Ambicioso ó la dimision de un Ministro* me volvió mi natural alegría. Y he aqui el drama que mas principalmente ha llamado esta semana nuestra atencion. Caracteres bien desenyueltos y eminentemente dramáticos, gracia, energía y finura en el diálogo, tales son las principales dotes en que abunda y en tanto grado, que á pesar de lo lastimosamente que ha sido desempeñado, el público no ha podido menos de conocer su mérito. La ambicion es el único sentimiento, la pasion única que domina en el alma de Roberto Walpole, el primer ministro: enamorado perdidamente del alto puesto que goza, su empleo es su querida, sus delicias, su todo en el universo.

El Sr. Furnier ha dado un color rabioso al carácter del médico; deseando ser sencillo se ha mostrado trivial y grotesco; muchas veces no ha entendido su papel. Sus continuos gestos exagerados, le daban la traza mas bien de un criado que de un amigo de un ministro, y varias veces ha tomado un tono de mision que nos hizo creer no habiamos aun salido de la cuaresma. El Rey, carácter jovial, enamorado y fino, ha sido representado de modo, que entre cuantos malos Reyes hay en la historia no hemos hallado ninguno comparable al Sr. Lombardia. Seguramente nos pareció mas cruel que

Neron, puesto que, como otro Herodes, ha degollado las inocentes palabras del desventurado drama. No parecia sino que las infelices le habian jugado alguna mala pasada. Así el público estrañó que Lord Enrique confiase sus amores á un hombre gordo y que le respondia con facha de provisor ó de alcalde de lugar. El Sr. Pacheco ha estado muy poco feliz: almivarado, dulce hasta empalagar y sobremanera afectado, si bien engaña en un principio, se le vé tan tibio, tan mesurado siempre, que no solo no ha desempeñado el carácter de Lord Enrique, sino que no ha manifestado otro de ningun género. Para hacerle justicia debemos decir, que es uno de los *sepulcros blanqueados* del Evangelio. Resta ahora el Sr. Luna, protagonista en el drama. No es éste, por su desgracia, el género en que mas ha sobresalido. Los papeles puramente característicos, tales como el de Ramzau en el *Arte de conspirar* &c., son los únicos en que puede aplaudirse á este actor con justicia. Pero el de Walpole es enteramente distinto, es preciso sentir mucho, representar con el alma y el Sr. Luna no tiene mas que buenas intenciones en tales casos. Su continente ademas no ha sido tampoco adecuado al carácter que desempeña, y estamos persuadidos que ningun ministro anda tan á compás como él, ni hace ciertos quiebrós de maestro de baile en que el Sr. Luna abunda generalmente. Y sobre todo es fama que ningun ministro británico ha braceado ni manoteado tanto en su vida. En una palabra, ningun inglés hubiera encontrado en el Sr. Luna á su compatriota Roberto. Pero desarruguemos el ceño un momento y alabemos para probar á nuestros actores, que lo que ejecuten bien lo elogiaremos con entusiasmo; lo que hagan mal lo criticaremos con rigor. La Sra. Matilde Diez ha representado con la naturalidad y gracia que acostumbra; su donaire, el tono meloso de su voz, la elegancia de sus modales y la inteligencia con que ha ejecutado su parte, no nos ha dejado nada que desear. Seguramente merecia las flores y elogios que con tanta razon le prodigaban los cortesanos del *Palacio de Windsor* el cual, segun el autor anónimo del artículo de la Revista, estuvo en aquella ocasion por demas locuaz y elegante. ¡Cosa rara! Ha sido el primer palacio de que se cuenta que haya hablado hasta ahora. Quizá el articulista tomó el continente por el contenido, ó lo que es igual, dijo una cosa por otra. ¡El articulista hará hablar á las piedras!!!!

J. DE E.

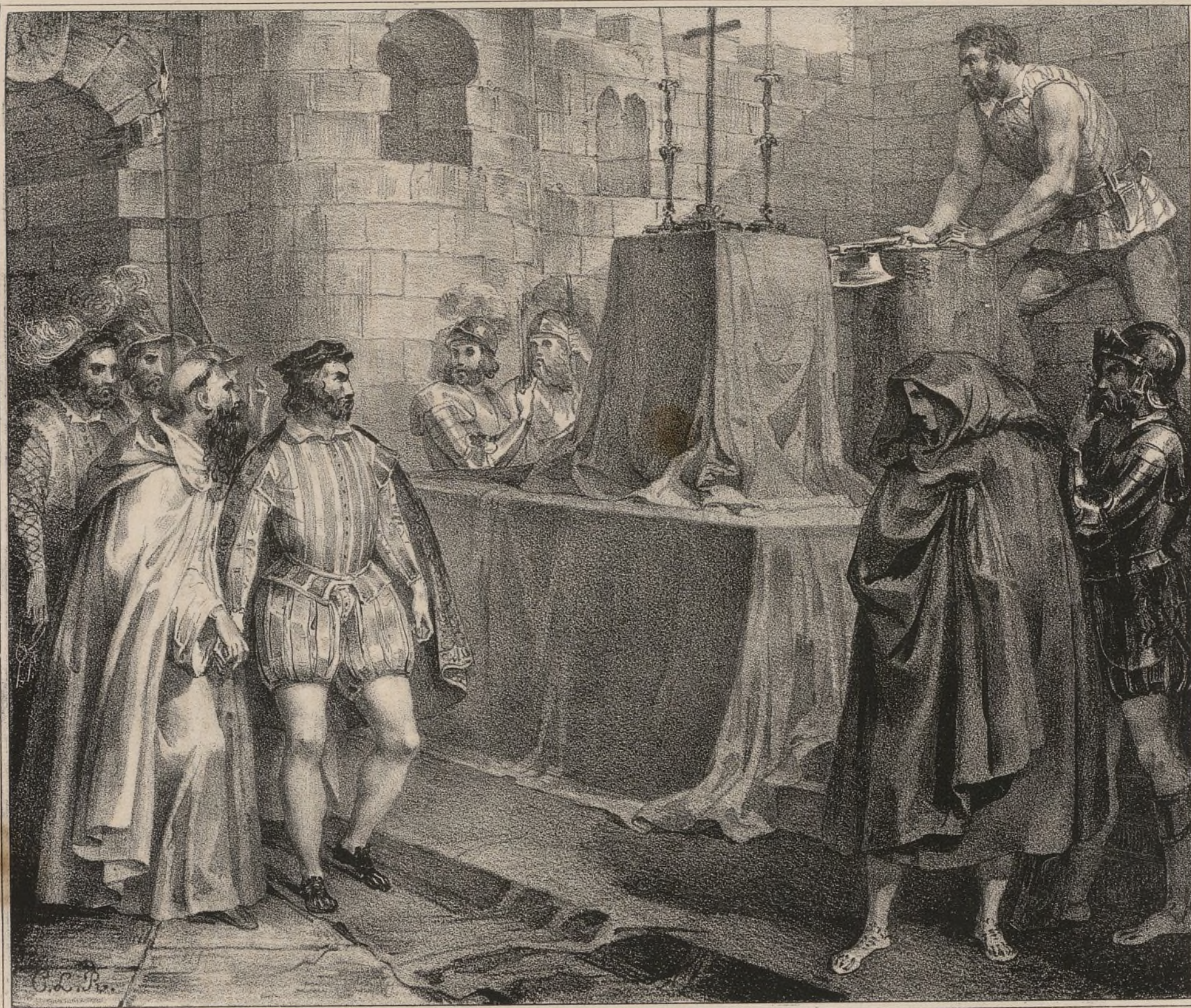
LOS SEÑORES SUSCRITORES del periódico titulado EL ARTISTA cuyo abono termina á fin del presente mes, que gusten renovar su suscripcion, se servirán hacerlo á tiempo para no experimentar retraso en el recibo de sus respectivos números.

Se ha roto al estamparla la piedra en que D. F. de M. habia dibujado la estatua de Cervantes ejecutada por el Sr. Solá: esperamos poder publicarla en el siguiente número del *Artista*.

ESTAMPA: D. J. N. Gallego.

Los editores, EUGENIO DE OCHOA. — FEDERICO DE MADRAZO.

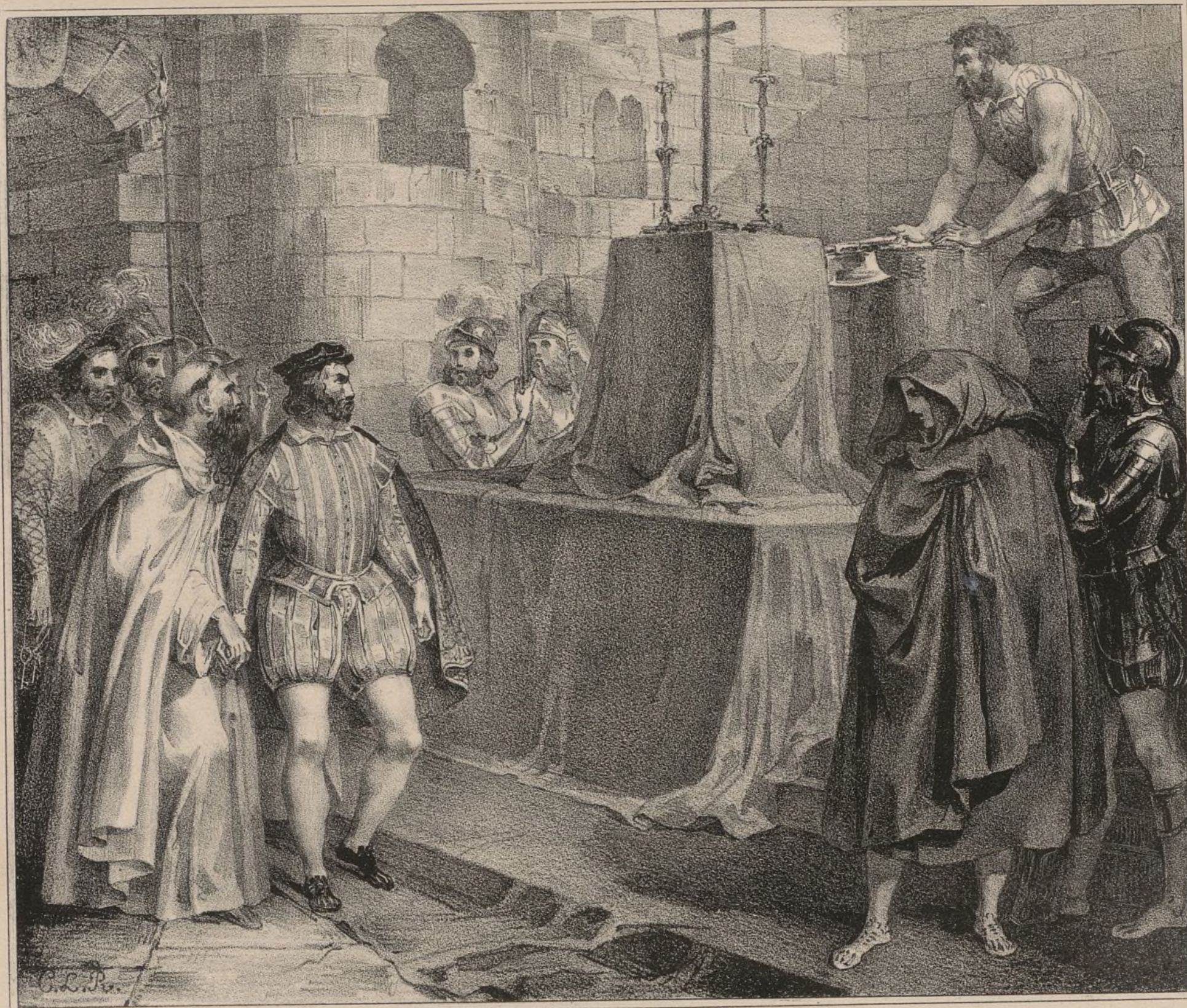
IMPRENTA DE I. SANCHA.



Al. Lit. de Madrid.

El bullo vestido del negro capuz.
Ayuntamiento de Madrid





Al. del. de Madrid.

El bulto vestido del negro capuz.
Ayuntamiento de Madrid



EL ARTISTA.



N.º 11.º de Madrid.

CERVANTES.

ESTATUA SEMI-COLOSALE EN BRONCE
del Escultor D.^º Antonio Solá, que se ha de colocar en
la plaza del Estamento de Procuradores.



EL ARTISTA.



CERVANTES.

ESTATUA SEMI-COLONIAL EN BRONCE
del Escultor D.^a Antonio Solá que se ha de colocar en
la plaza del Estamento de Procuradores.



EL ARTISTA.



Pl. Lib. de Madrid.

CERVANTES.

ESTATUA SEMI-COLOSALE EN BRONCE
del Escultor D.^o Antonio Solá, que se ha de colocar en
la plaza del Estamento de Procuradores.

